

PERSONAJES 1969

JOHN LE CARRÉ



## Reportaje a John Le Carré

A los 38 años, rubio y colorado como un inglés de comedia, David Cornwell, alias John Le Carré, es uno de los escritores del siglo que más libros ha vendido. Su primer gran éxito, *The Spy Who Came In From The Cold* (traducido al español como "El espía no vuelve"), data de 1963 y reveló a millones de lectores el universo trágico y helado donde se mueven sus héroes: los anti-James Bond, de trajes gastados, que tején y destején sórdidas intrigas entre el Este y el Oeste y a quienes

tritura una maquinaria cada vez más ominosa. Antes, había publicado *Call For The Dead* (1961; "Llamada para el muerto") y *A Murder of Quality* (1962; "Asesinato de calidad"); después, *The Looking Glass War* (1965; "El espejo de los espías"), acaso su obra maestra; y el año pasado, *A Small Town in Germany* ("Una pequeña ciudad en Alemania"); (ver N° 333). Inapresable, reacio a los periodistas, Cornwell-Le Carré acaba de conversar en Ginebra con un enviado especial de Primera Plana.

—Su primer espía, el que venía del frío, alcanzó un record de ventas internacionales; ¿cuántos ejemplares?

—Diecisiete millones, más o menos. No era mi primer libro. Digamos, para ser precisos, que se trata de mi primer best seller.

—¿Y el segundo?

—No anduvo tan bien: doce millones de ejemplares, solamente. El tercero, *Una pequeña ciudad en Alemania*, acaba de salir.

—Se encuentra entre los libros que más se venden en Europa y en los Estados Unidos.

—No anda muy mal, pero exactamente no lo sé. Estoy por extraer de él un argumento para el cine.

—¿Por qué realizó su carrera de escritor con temas de espionaje?

—Para mí un escritor ya es una suerte de espía. Tanto en un caso como en el otro se sitúan fuera de este mundo y, al mismo tiempo, pertenecen a él. Usted está comprometido, mezclado con la multitud, le roba sus informaciones. ¿No es acaso dependiendo de la gente que uno se abusa de ella? Me refiero a esa dependencia

ineluctable, terrible, entre explotador y explotado... El espía se parece al escritor. Vive marginado por la multitud. Es un ilusionista: reconstruye su mundo, su universo, a partir de experiencias fragmentarias. Esto, pienso, es lo que ha hecho que el escritor que quería ser, se convirtiera en el especialista en espionaje que ahora soy.

—¿Cómo eligió usted ese terreno? ¿Su vida lo había preparado?

—No. Muy temprano, hacia los treinta años, sentí el cansancio de la docencia. En esa época, era profesor de alemán en Eton. Pensaba, aun cuando la cosa es discutible, que era malo que las gentes recibieran tan pronto una instrucción que los predispone a los privilegios. Que era malo que se vieran y hablaran en forma diferente de los otros. Que estuvieran aislados del mundo al cual iban a ser llamados para tomar los comandos. Que no tuvieran contactos humanos suficientes. Yo no pertenecía del todo a ese medio. Era de origen mucho más modesto. Eton, para mí, era humillante y fascinante. Esperaban, allá, que me convirtiera en un ciudadano de Eton.

—¿Y para escapar a ese mundo cerrado usted eligió la diplomacia?

—Sí, tenía la impresión de que me hacía falta ver lo que era el mundo comprometido, responsable. Pensar libremente, usted lo sabe, es un lujo.

—En la diplomacia, ¿se puede pensar libremente?

—¿Usted nunca hizo la experiencia de pensar libremente, afirmando con toda seguridad lo que no piensa? ¿De argumentar contra sus propias ideas? Es apasionante. Es la experiencia que da la diplomacia. Ingresé en Relaciones Exteriores después del desembarco anglo-francés en Suez. Era en 1956. Usted recuerda, Suez y Budapest. En el momento en que los paracaidistas ingleses saltaban sobre el Canal, los tanques rusos invadían Hungría.

Las dos aventuras, las dos operaciones, me impresionaron mucho. Quise ver cómo funcionaba el poder en el desorden. Como ese juego complicado, ese enredo iba a desanudarse. Eton constituía ya el primer eslabón de esa voluntad de participar en el poder. Doce miembros del Gobierno egresaron de Eton, en 1956.





## El espía es el brazo del Estado liberal

—¿Y usted piensa que el mundo de la diplomacia es tan frío, tan cerrado como el del espionaje?

—Sí, existe también una comedia, una especie de código del comportamiento en el mundo de la diplomacia. Ser un buen diplomático es, por ejemplo, poder reducir la histeria colectiva de una guerra al hecho de acordar, o no, una ridícula audiencia. Allí la coreografía es de tal modo refinada que, al rehusar simplemente un plato, en una comida oficial, uno puede mostrar su humor. Esas reglas rígidas, perfectamente establecidas, causaban mi alegría. Como aquellas, también perfectamente codificadas, del espionaje.

Y luego, si usted quiere, algo más personal intervino en mi elección de escribir libros de espionaje: tenía, y siempre tengo, la impresión profunda de no pertenecer a mundo alguno. Desde mi primera infancia. Mis padres se separaron cuando yo era muy joven. Mi padre se fue a Londres para hacer fortuna. Fui educado por mis abuelos paternos. Con la impresión de estar sentado entre dos sillas.

Cuando me reuní con mi padre, algunos años más tarde, y aun después, cuando entré en el Foreign Office; en fin, cuando me convertí en un escritor, siempre tuve esa curiosa sensación de no pertenecer a nada. Un poco como un cuerpo extraño, un agente de penetración en el interior de instituciones diferentes. En resumen, una pieza traída de universos siempre nuevos.

—¿Eso es un espía?

—Sí. Pertenecer a un mundo cerrado, a una casta particular. Los espías, cualquiera sea el bando en que estuvieren, persiguen los mismos objetivos, emplean los mismos medios. Hay entre ellos afinidades profesionales. Los médicos, los soldados, los pilotos, tienen, entre ellos, relaciones reales. El universo del espionaje es diferente. De los dos lados, en el Oeste y en el Oriente, los que actúan lo hacen con un culto de la vocación muy particular. Apuntan a una finalidad última, confrontada con situaciones inmediatas. Esta tensión hacia un objetivo lejano les hace participar en una suerte de élite. Y cada uno de los bandos fascina al otro.

Luego, comparten valores comunes y, sobre todo, una familiaridad fatigada con la vida. Deben resistir a las influencias financieras o ideológicas, construyen las mismas pesadillas, viven como mariposas que revolotean de asunto en asunto. Unos años más tarde, ya se encuentran quebrados.

El tiempo pasa rápido para los espías. A veces, la juventud misma parece, de antemano, un handicap. Luego se convierte en una carta de triunfo, y muy pronto, en un objeto de nostalgia. A los 50 años, se habla de un hombre en pretérito pluscuamperfecto.

Todo eso hace del mundo de los espías una sociedad aparte, no integrada. Es una sociedad especial que no solicita la confianza de nadie alrededor de ella.

—En esa comunidad de la cual usted habla, ¿se puede efectuar una especie de clasificación de los diferentes espías? ¿Hay un tipo particular de espía norteamericano, francés o ruso?

—Dudo. Una clasificación se impone, pero la nacionalidad no es un criterio. Hay dos clases de espías: los que actúan y los que ejercen el control burocrático sobre los agentes de ejecución. Cada uno depende del otro, pero ambos se desprecian cordialmente.

—Usted escribió que el espía es el brazo izquierdo del Estado. ¿Que quiere decir?

—Los espías son muy desconfiados, muy cínicos con respecto a las iniciativas gubernamentales. Ellos estiman que hacen lo que los Gobiernos no pueden hacer. Que realizan lo que es ilegal, imposible, clandestino. Eso les da una buena dosis de escepticismo. Pero entre nosotros, en el Oeste, ilegítimo o no, el espía también es el brazo del Estado liberal. Es él quien protege a los individuos contra el totalitarismo. Al menos, tal es la justificación que se da para recurrir a métodos dudosos.

La mejor definición que yo puedo dar de nuestro modo de vida occidental es ésta: ofrecer el máximo de libertades con el mínimo de organización. Levantamos al individuo por encima de la colectividad. Las naciones del Este son, precisamente, lo opuesto a esta concepción. Y en el ejercicio de esta determinación, de esta voluntad occidental, el espía es, justamente, a quien se lo puede sacrificar con el fin de proteger a los otros. El individuo a quien se sacrifica, para salvaguardar a la masa.

—¿Es, pues, según usted, una suerte de héroe?

—Sí, si usted lo acepta. Efectivamente, se trata del heroísmo. El espía sabe que es sacrificado, conoce de antemano su triste condición. Ha tomado conciencia, y sin embargo continúa en su acción. Asume un motivo esencial de los países de Europa: la preservación de la élite, de la cultura occidental.

—¿Ella está en peligro?

—Mis libros dan la sensación de que cuestiono esos valores de Occidente?

—Un replanteo, no exactamente. La expresión de una inquietud, más bien. ¿Está usted inquieto?

—Lo que me parece importante, lo que quiero decir, es que los valores occidentales no son atacados únicamente, como antaño, desde el exterior. Más bien, desde el interior mismo de nuestra cultura. De suerte que es un combate dudoso al que se entregan hoy las ideologías. Un combate entre lo que

Occidente tiene de peor, y lo que el mundo del Este tiene de mejor. Esta certidumbre da, efectivamente, a mis personajes un sentimiento de inquietud. A mí también. Dicho esto, usted sabe, debo ser sincero y tomar mis distancias con respecto a la política. Y sobre todo de la política internacional. La ansiedad que empapa mis libros es, quizá, totalmente personal.

—Es personal en un clima general.

—Sobre todo, se debe al mundo angustioso que, según creo, es el nuestro. A las relaciones entre el individuo y la sociedad. Los hombres buscan un lugar en un mundo que evoluciona sin cesar. De allí la ansiedad. Algunos de mis héroes rechazan la necesidad de toda evolución. Hemos conocido, desde la última guerra, una multitud de políticas de recambio, de alianzas contradictorias que se involucran, que se suceden. Tal es lo que Alemania encarna ante mis ojos. Los sueños, en aquel país, nunca se han convertido en realidad. Todo evoluciona sin cesar: el antisemitismo se ha vuelto anticomunismo. El anticomunismo de la época de Adenauer ha cedido el paso al nacionalismo europeo. Y el nacionalismo europeo cayó bajo los golpes de la Alianza del Atlántico. El momento en que la Historia se detiene no existe. El tiempo no suspende su vuelo. Todo continúa. Todo se mantiene. Los principios, al mismo tiempo, se derrumban. Es un universo que me angustia.

—¿Y qué angustia a sus héroes?

—Leo Harting, el de una pequeña ciudad en Alemania, es usted?

—Leo Harting pertenece a los nostálgicos de la posguerra inmediata. Creyó, como muchos de nosotros, que verdaderamente se podía reconstruir Jerusalén en territorio alemán.

—¿Esa es la razón por la cual todas sus novelas transcurren en Alemania?

—También porque yo recibí una educación alemana. En Suiza fui a la escuela, después de la guerra; allí leí y estudié el alemán, literatura y, sobre todo, filosofía. Hice mi servicio militar en Austria y en la Alemania ocupada. Cuando entré en el Foreign Office me destacaron, durante dos años, en la Embajada inglesa, en Bonn, y en Hamburgo fui cónsul británico durante seis meses. En Hamburgo renuncié después del éxito de *El espía no vuelve*.

—¿Esas ciudades alemanas, en sus libros, se convierten en verdaderos actores del drama. ¿Qué tienen de particular para usted?

—Las ciudades alemanas, para mí, tienen un halo melodramático. En Alemania yo me siento, a la vez, inquieto y estimulado. Me siento muy poco cómodo. Es por eso que elegí a ese país como telón de fondo de mis libros. También porque Alemania exalta los problemas generacionales. La mayoría



de nosotros, que en 1944 teníamos entre 10 y 15 años, sentimos una suerte de molestia frente a todo alemán de 45 a 60 años, sean cuales fueren nuestros pensamientos con respecto a la Alemania moderna. Es totalmente inútil negar ese sentimiento. Pienso que la mayoría de nosotros, al caminar por una ciudad alemana, estamos fascinados por los rostros y las actitudes de las gentes. ¿Dónde estaba usted en 1944? ¿Qué hizo usted, qué vio? ¿Qué vieron estas calles?

Pero hay otra razón por la cual Alemania me fascina: allí, uno tiene el sentimiento de una inspiración bruta, brutal, no solamente de un materialismo glotón sino también de una búsqueda espiritual ávida. Hay, creo, en la vida alemana, una voracidad que sorprende al inglés, que lo vuelve más consciente de su propia inseguridad, aun si es particularmente optimista. A los alemanes no les gustan mis libros.

—¿Por qué?

—Justamente porque transcurren en Alemania. Es que no podrían transcurrir en otra parte. Concedí una entrevista a la televisión alemana. Parece que he chocado mucho a los teleespectadores alemanes al decirles: miren todos los artículos de su prensa, todos sus editoriales. Desde que un estudiante se agita, desde que una universidad cierra sus puertas o que una fábrica se declara en huelga, siempre hay alguien que pregunta, con la angustia en el corazón: "¿Todavía sucede eso? ¿Eso vuelve a comenzar una vez más con Nuremberg y todo? ¿Nuestra democracia está en peligro?" Hay un fantasma que obsesiona la vida de todos los alemanes. Yo no hago sino darle una forma, vestirla, para mostrarla. He ahí por qué los alemanes tienen miedo. Si no es ese fantasma, ¿de qué otra cosa tienen miedo? ¿Cuál es la pesadilla que los habita? Los periodistas que me entrevistaron no me dieron una respuesta.

—¿La "discusión" de los estudiantes en Alemania, según usted, es un medio de exorcizar a ese fantasma?

—Puedo comprender la protesta, la revuelta, el rechazo. Siempre que sea mi razón la que comprenda. No hay ningún hecho histórico que pueda convencerme de que el resultado podría ser positivo. Siento simpatía total por los estudiantes de Columbia, por los estudiantes franceses. Por impulso querría marchar a su lado. Pero en términos de eficacia, encuentro que toda esa agitación es completamente estéril.

En Alemania, la protesta me parece espantosamente peligrosa. Tan peligrosa, que sobre ese Apocalipsis termina *Una pequeña ciudad en Alemania*. Con una alianza, tradicional en Alemania, entre las fuerzas de cambio, de protesta, y de extrema derecha.

Por esta razón, a los alemanes no les gusta mi libro. Lo habrían soportado si yo no hubiera hecho resurgir un terror fundamental, el del fascismo. El de la gangrena. Quieren que los estudiantes se rebelen con la condición de que se queden en la izquierda.

—¿Y eso no ocurre?

—No. Están infectados por el malestar de su generación. Y viven en una Alemania que siempre está a la búsqueda de la grandeza. De la dignidad, cultural y política. Alemania ha sido el juguete de la política mundial desde la guerra. A los alemanes les hicimos promesas haciéndoles sentir duramente su culpabilidad. Los invitamos a entrar en nuestros clubes de grandes potencias, pero sin darles, sin embargo, la posibilidad de tomar decisiones. Les dimos la libertad de comprar las armas con las cuales los hemos provisto, pero con la condición de que no se sirvan de ellas. Para los alemanes, eso es exasperante. El poder corrompe, pero la falta de poder corrompe del todo. Es mi convicción. Es por eso que Alemania, tal como la veo, es el decorado dramático preferido de mis libros.

—Inquietud, angustia, ansiedad, corrupción... Su mundo da miedo. Y sus héroes también. ¿Por qué están siempre cansados?

—Porque son lúcidos. He puesto en escena, en mi última obra, tres clases de hombres totalmente desencantados: Harting, Turner y Bradfield. Bradfield es el aristócrata. El hombre de élite que ha hecho tales concesiones a las cosas que la luz, dentro de él, se ha sofocado. Está Leo Harting, más intransigente, que ha fijado un límite a las concesiones y que no habrá de sobrepasarlo. Y, entre ellos, está Turner, quien tiene un gusto moderado y moderno del socialismo, y la mirada corrosiva, sin indulgencia, del hombre que admite sus errores y busca a qué podría ligarse con fuerza, partido en dos, entre sus sentimientos y la necesidad de comprometerse.

Allí reside el dilema de mis libros y quizás el mío. En la fuerza explosiva, en la violencia contenida de un compromiso necesario y difícil. No hay por qué estar alegre.

—Usted habla de los espías de ficción. ¿Y los verdaderos? Según usted, ¿cuáles son los espías más grandes del siglo XX? Kim Philby, ese agente soviético tan bien instalado dentro del establishment inglés?

—No. El, no. Cualquier inglés, con su pasado, hubiera podido hacer lo mismo. La duplicidad estaba en su tradición familiar: su padre, Sir John Philby, era el consejero político del Rey Saud de Arabia. Nunca le escondió a su hijo el desprecio que sentía por sus superiores de Londres. Su

lealtad se limitaba a la familia real. Y aun así, con qué arrogancia...

De su padre, Kim Philby había heredado el instinto de un *gentleman* inglés un poco desarreglado. Era periodista en el *Observer*. Había nacido y crecido dentro del *establishment*. Y copió sin dificultad las actitudes. Y engañó también, sin dificultades, a sus miembros. No tuvo nada de maligno, ni dificultades interiores. Yo, o cualquier otro, no importa quién, hubiera podido ser Kim Philby. Todavía hay lugares en el Foreign Office para centenares de otros Philby. Es por eso que no lo he considerado como un gran espía. Sino más bien como un hombre que tiene el gusto por lo sensacional, que encuentra un enemigo muy débil, y lo traiciona sin cesar.

—¿Usted lo desprecia?

—Philby tocó violentamente mi lado patriótico: no importa cuál, toda sociedad liberal —aquella en la que vivo— es vulnerable. Puede ser atacada y penetrada. Prefiero una sociedad abierta al fanatismo que otra demasiado bien protegida contra los fanáticos. Quiero que los Dutschke, los Bendit puedan actuar en mi mundo. Pero no quiero darles todas las posibilidades de ganar. Esa es la razón por la cual, si llegaran hasta mi casa a romperme las ventanas, me pondría del lado de los banqueros ginebrinos. Me pondría furioso y me pelearía.

No soy un masoquista. Dentro de mí hay un sólido y buen capitalista. Y yo rehúso y siempre rehúsaré ofrecer a la sociedad occidental sobre una bandeja. Así, el caso Philby me hundió en una cólera negra. Me puse furioso al ver la reacción de los intelectuales progresistas ingleses, que hacían de él su niño mimado, mientras que Philby los traicionaba sin mayores méritos. Y sin clase.

—¿Hay una gran diferencia entre Philby y los otros espías? ¿Hay verdaderos espías que, según usted, juegan el juego del espionaje?

—Desde luego, no quiero hacer entrega de premios morales. Sino explicar, simplemente, por qué Philby no era, según mi opinión, el mejor de los espías. Era un traidor, eso es todo. Pienso que, en términos técnicos, el mejor espía era Sorge, un alemán que operaba antes, y durante la guerra, en el Japón, por cuenta de los soviéticos. Era un mecanismo soberbio. Se había fabricado una cobertura (es decir un personaje artificial) a la que no traicionaba y que era una prolongación de su personalidad. Escribía en el *Frankfurter Zeitung*; muy a menudo trataba de él mismo, con una memoria excepcional.

Contrariamente a Philby, flirteaba todo el tiempo con el peligro, porque reclutaba nuevos agentes. Y hay un





## Sorge y Lonsdale: Los más capaces

momento, por supuesto, como en las relaciones sexuales, donde hay que mostrar las cartas. En que hay que decir a cualquiera que uno apenas conoce: "He ahí lo que soy, ahí está lo que usted tiene que hacer". Anudaba contactos sin descanso, y había logrado con coraje y astucia cuadrar el Japón de manera impresionante.

—¿Con qué método?

—Evolucionaba en medio de un mundo aristocrático y liberal de la élite japonesa, un poco cansada, desencantada. La aristocracia, por otra parte, es un terreno fértil para los traidores. Richard Sorge mentía todo el tiempo sin que jamás se hubiera equivocado. Había logrado seducir a sus compatriotas de la Embajada alemana en el Japón, lo cual terminó por abrirle el acceso a los informes y a los archivos. En suma, una personalidad energética en una comunidad perezosa.

Era el hombre de las informaciones, de los contactos. Agregue a eso una memoria prodigiosa y conocimientos políticos profundos. De todo lo cual estaban privados los funcionarios nazis exilados en el Japón. Se puso a trabajar limpiamente por cuenta de la Embajada. Los consejeros hicieron de ese excelente periodista el redactor de los despachos que enviaban a Berlín. Primero que nadie, él leía las respuestas que mandaba a Tokio el Ministerio de Relaciones Exteriores alemán. Es probable que, muy pronto, logró descifrar el código nazi, puesto que veía los "en claro" [el texto con todas las letras] y su retranscripción codificada, tal como lo interceptaban los soviéticos. Al mismo tiempo tenía el positivo y el negativo. Sí, era un buen espía.

—¿Y después de Richard Sorge, Cicerón?

—No. No lo pienso. Fue demasiado ambicioso, desde el comienzo. En seguida comunicó informaciones considerables que lo "quemaron" en seis meses. Siempre hay que ser muy modesto, al comienzo. Se debe, en eso, andar con suavidad, educar a sus amos. No entregar todo de una sola vez. Para poder consolidar la confianza es indispensable destilar las informaciones. Perder tiempo para ganar más tarde. Cicerón fue demasiado impaciente.

—¿Usted puede nombrar a otro?

—Gordon Lonsdale. Era un espía extraordinario. Operaba igualmente por cuenta de los soviéticos en Inglaterra, en 1950. Ruso, había tomado los documentos de identidad de un canadiense desaparecido. Obtuvo sus papeles de la manera más simple del mundo: pidiéndolos a la Embajada canadiense de París, después de haber afirmado que los había perdido tra-

bajando penosamente, desde la edad de los doce años, en los cuatro rincones del mundo. Fueron las autoridades canadienses quienes le confirieron oficialmente la nacionalidad de su país y la personalidad del otro.

Y, así, fue a instalarse en el Canadá, donde llevó, durante años, la existencia de un apacible hombre de negocios. Sin tomar ningún contacto, nada. Y luego partió hacia Inglaterra. Hay que imaginar su soledad y la fuerza moral necesaria para resistir a su aislamiento. No era de una inteligencia superior, ni recibía verdaderas instrucciones. Simplemente le aconsejaban evolucionar en un mundo financiero un poco turbio, donde se hace fortuna muy rápido, en los límites de la ilegalidad, y comenzar a corromper. Lo cual hizo a sabiendas, metódicamente, como un corruptor organizado.

En tres o cuatro años llegó a resultados notorios, al obtener, sobre todo, secretos sobre la Armada británica. Había sabido esperar. La paciencia es muy importante cuando uno es espía.

—En su opinión, Sorge y Lonsdale son los dos mejores?

—Sí, creo que sí. En todo caso, los más capaces, los más eficientes.

—¿Cuáles eran sus móviles, según usted?

—Tomemos tres ejemplos: Richard Sorge, marxista serio, comunista ferviente, trabajaba por un ideal. Pero también le gustaban el placer y la aventura. Tenía, igualmente, rasgos de carácter puramente fascista, la violencia, por ejemplo. Hombre de religión y, a la vez, hombre de placer: el espía perfecto.

Lonsdale era mucho más simple. Tenía dos debilidades: la madre Rusia, que no había visto muy a menudo en su vida, pero no por ello su nacionalismo era menos exacerbado. Y su mujer. Los ingleses nunca pudieron sacar nada de él. Una vez en prisión, dijo simplemente: "Ustedes me ganaron, no tengo nada que decir. Quiero volver a Rusia". Y a esa declaración jamás agregó otra palabra.

Pero el aspecto más práctico, el más emocionante, el más humano de su personalidad, fue revelado por las cartas dirigidas a su mujer, jamás enviadas por correo, y que se encontraron entre sus efectos personales. Para él, su mujer era una suerte de virgen madre, a la cual contaba todo. En su correspondencia se pudo ver hasta qué punto la imagen que se hacía de la URSS era caricatural: campos de trigo y ballets. Aquella Rusia representaba un sustituto simplista de la ideología, el motor principal de su acción.

—¿Y el tercer ejemplo?

—Vladimir Petroff: un tráfuga de la Embajada soviética en Canberra, Australia, en 1953. Era coronel de en-

lace de los servicios secretos soviéticos. Su mujer, también, pertenecía a los servicios de informaciones rusos. Petroff ocupaba un rango en la jerarquía oficial de la Embajada. Diplomático durante el día, era espía por la noche. Reclutaba australianos para la causa soviética.

Pero pienso que, contrariamente a los otros dos, en él no había ni un átomo de ideología. La técnica reoresentaba, por sí misma, una motivación suficiente. Hasta adoraba el mecanismo de su propio trabajo. Las cartas que enviaba al Centro, a la Oficina Central de Espionaje en Moscú, estaban codificadas: las recortaba, enviaba por correo una primera mitad. Finalmente se pasó a Occidente y nosotros poseemos todas sus cartas que había dirigido al Centro de Moscú. Allí estaba todo precisado: en qué esquina de qué calle se iba a apostar, dónde tenía que encontrar sus contactos, cuáles preguntas había que hacerle, cuáles actitudes había que adoptar. Uno tiene la impresión profunda del papel aplastante, autoritario, que juegan las oficinas del Centro en la existencia de un espía soviético. El Centro es como la imagen del padre. Y cuando un agente se vuelve contra él, como Petroff, da la impresión, casi psicoanalítica, de matar a su padre. Un adolescente que se subleva contra sus padres que lo han incubado demasiado. Y sólo quien es presa de ese sentimiento apasionante, exaltante, puede tener una idea de lo que experimenta el tráfuga cuando destruye en un instante todo lo que lo ha rodeado y envuelto hasta entonces.

—¿Es así como explica usted a los tráfugas del Este hacia el Oeste, como Petroff, o entre el Oeste y el Este como MacLean? ¿Cómo explica que sean tan numerosos?

—Pienso que los espías tienen el gusto por lo sensacional, que están fascinados por las relaciones y ataduras nuevas, para expresarme en términos sexuales. O por las situaciones dramáticas. En un mundo tal, siempre hay un momento en que todas las salidas están taponadas, en que la única carta a jugar es una frontera que se debe traspasar. Pienso también que un adversario, sea cual fuere, ejerce sobre uno una seducción casi irresistible. Yo la sentí cuando, diplomático, fui enfrentado con funcionarios soviéticos. Las relaciones que se establecen son de tal modo opacas, de tal modo absurdas y turbias, que la idea de seducir al otro viene en una forma totalmente natural. O de sonreír a la mujer de un diplomático soviético al lado de la cual uno está sentado durante una comida. A tal punto esas relaciones son imposibles, que se convierten en tentadoras.





## Yo hago mis libros como si fueran films

—¿Lo suficiente como para franquear lo infranqueable?

—Sí. Como para tener ganas, a veces. Igualmente es posible que, en ese mundo donde uno pasa su tiempo evaluando el precio del otro, los medios de hacerlo cambiar de campo, uno se pone a hacerse preguntas sobre sí mismo con toda brutalidad, a evaluar su propio precio. A preguntarse por qué no se pasaría al otro campo. Eso es la atracción de la deserción.

—Usted citó tres motivaciones diferentes del espía: la ideológica, la psicológica y la técnica. Sus héroes no parecen tenerlas. ¿Por qué?

—El mundo del espionaje no es para mí sino una extensión del mundo en el cual vivo. Y es por eso que lo he poblado con mis propios personajes. Al final, yo soy un novelista. Ejecuto un acto de imaginación. Cuento historias. Mis héroes tienen el profundo sentimiento de estar comprometidos en un laberinto del cual no encontrarán la puerta de salida. De estar ligados a fuerzas que, tarde o temprano, los destruirán. Quizá sea mi propia manera de ver la vida, mucho más pesimista. Pero eso son asuntos míos.

—¿Cómo explica usted que sus personajes, bastante diferentes de los verdaderos espías, como también de los espías de las clásicas novelas de espionaje, hayan tenido tanto suceso? ¿Cómo explica usted su éxito?

—Pienso que muchos autores de novelas de espionaje se esfuerzan en describir un mundo que está fuera de ellos, un mundo en el cual no penetran, y que es un misterio. Y se aproximan como uno lo hace a un edificio extraño. Yo tengo la impresión de vivir el mundo del cual hablo. La comunicación se establece entre mis lectores y yo, una vez más —usted irá a decirme que definitivamente soy un siniestro—, a través de la ansiedad, la inquietud. Si usted quiere, los lectores encuentran a James Bond, el agente 007, muy seductor. Les gustaría ser como él, cubierto de mujeres, de champagne, de Ferraris. Mientras que, por el contrario, piensan de mis héroes, con terror: "Dios mío, podría ser yo..." Ellos se proyectan sobre 007 y se identifican con mis personajes perseguidos, fatigados, decepcionados.

Mucho más profundamente, pienso que nuestras imágenes de espías desde la guerra, tal como han sido presentadas en las novelas, han sido las de un mundo positivo, excitante, donde se puede actuar por el Bien, donde las cosas pueden cambiar. En realidad, los espías son personajes tristes, que en un momento hicieron una elección ideológica. Que han tomado sobre ellos la responsabilidad de intentar cambiar el mundo. Y no lo lograron. Lo cual hace que la imagen del espía haya

cambiado con mis libros; yo he ofrecido a los lectores otra clase de sueño, a base de frustración, de atracción, de amor imposible, de fracaso, mucho más próximo de la realidad.

—Usted habla de sus millones de lectores como si los conociera. ¿Ellos le han escrito?

—Sí. Me acuerdo de las reacciones muy buenas. Y también de las malísimas. Pero sentimentalmente soy tocado por aquellos lectores para quienes aparezco como el que organiza el caos, que lo vuelve comprensible. He articulado sus frustraciones, les he dado un contenido a sus angustias.

—Eran lectores occidentales. ¿Sus libros fueron traducidos en el Este?

—Tuve una experiencia desgraciada con los rusos. La *Literaturnaja Gazeta* me consagró seis páginas en octubre de 1966: mis libros, según el diario, no eran sino una empresa de corrupción ideológica, una de las peores que hayan sido imaginadas por un sutil espíritu occidental. En resumen, inmediatamente desentrañaron lo que yo soy en el fondo: un socialdemócrata.

—¿Si le preguntamos qué es lo que hace escribir a John Le Carré, la respuesta sería: organizar el caos?

—Eso, y otra cosa: la fascinación que experimento por el carácter humano. Que me puede llevar, poco a poco, a salir del mundo del espionaje y a hacer una novela, quizá la próxima, que será radicalmente diferente de las otras.

—¿Siempre con la preocupación de que sea un best seller?

—¿Por qué no?

—No hace diez años, usted se llamaba David Cornwell y era un funcionario. Hoy, usted es John Le Carré y conocido mundialmente. ¿Ha cambiado?

—Durante algunos meses, después del éxito de *El espía no vuelve*, yo pensé que no podría escapar, que estaba definitivamente ligado, contra mi voluntad, por la de otros, a un libro que había muerto para mí, que no podría escapar a ese destino de autor de éxito. Pero creo que lo he logrado.

—¿Es posible? ¿Francamente?

—A decir verdad, uno se corrompe por el éxito. Porque tiene ganas, desesperadamente, de ser leído. Antes de saber lo que era, no me importaba nada. Pienso que nos volvemos vulnerables. No al miedo de no "hacer bastante dinero", sino de no ser leído. O al menos, no tan leído. Si algo cambió en mí, es eso. Cuando un hombre sabe que va a ser colgado al día siguiente se convierte en un ser muy lúcido. Un autor de éxito vive en la certidumbre de que él también va a ser colgado sin tardanza.

—¿Para ser leído, usted ha adoptado

en forma definitiva la escritura más tradicional?

—Sobre ese aspecto me quiero absolutamente convencional. Intenté escribir en un estilo mucho más "experimental", pero me mantuve en la forma narrativa más ordinaria. Es la diferencia entre el arte abstracto y el arte figurativo. Las pinturas figurativas alcanzan a un público mucho más importante. Quiero establecer, entre mis lectores y yo, la comunicación más amplia. También yo pido a un escritor que tenga la cortesía de hacerse comprender. Si usted, por ejemplo, toma a un gran escritor como Balzac, su estilo es el de un perrazo mal educado. Es muy fácil traducirlo. Tal es el primer criterio para que una historia sea eficaz: usted puede leer *Le Père Goriot* en inglés o en alemán y no perderá nada.

Tengo la impresión de que en este momento con los estilos "experimentales", lo que se escribe pierde un poco de su fuerza: otros medios de comunicación, el cine, por ejemplo, se vuelven por eso más importantes. No quiero que la gente diga: "El film no está mal; leeré el libro el día que tenga tiempo".

El mundo de la escritura debe adaptarse a esta evolución: yo hago mis libros como si fueran films, montando las secuencias, cortando un primer plano por aquí, otro por allá, reduciendo las 250 mil palabras que escribo primero, a las 80 mil que decido publicar. Pero mi única receta es: si usted quiere escribir un best seller, primero escriba una buena historia.

—Usted ha ganado mucho dinero en siete años. Para usted, ¿qué representa el dinero?

—La movilidad. Cierta libertad. Pero no es gran cosa. Con respecto al dinero, yo me comporto como un niño. Si su libro es bueno, usted no piensa en lo que le produce. Y si es malo, el dinero no es ningún consuelo.

—Es decir que usted no le da importancia...

—Aún más, es un peligro. Para escribir necesito de cierta falta de confort. Una hoja de papel y un lápiz. No me atengo a nada que no pueda encerrar en una valija.

—¿Es usted feliz?

—No pienso estar particularmente interesado en la felicidad. No se encuentra en el arte de escribir y a mí me gusta escribir.

—¿Ninguna otra cosa lo hace feliz?

—No. Me quiero romantizar, y es bien difícil, hoy, de conciliar en una misma vida, en una misma paz, el torbellino del éxito y el abismo del romanticismo.

—Nada le prohíbe buscar el fracaso. Espere, pues, señor Le Carré. Quizá sea para la próxima vez. ♦